

ad franc
ds. en m
s olvida
la bonda

ere V. qu
humede
n vez d
to que
la natu
sar de su

o núm. 41.

ceidos con
delante y

negras y
ro con el
lo con un

lo interior
coraza con
guarnecen
Lo demas
lanca pu-
torzadas
una rosa
realza el

r delante
las, guan-
ncos lar-
n brazale-
rpiente y
sa con ho-
n el pei-

BRAS
DE
GELA GRASSI
e hallan
enta en
Adminis-
acion.

s riquen
ma; obra
ada por la
mia Espr
Dos to-
rs. en Mr
9 en pre
s.
gota d
obra pre
por aclar
on en el
rso Jesu
guez Cao-
mo, 4 rs.
e no siem-
coge; no
e costum-
4 rs. en
d y 5 en-
cias.
ias; un to-
4 rs. en
d y 5 en-
cias.
rimer año
utrimonio;
no, 5 rs.



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 13 — Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes.

2 ABRIL 1878.

Se publica en diez distintos idiomas.—AÑO XXVIII.

SUMARIO.—Revista de modas por Joaquina Balmaseda.—Modas de entretiempo.—Vestidos con túnica para señora.—Vestido princesa para niña.—Traje para niño.—Vestido paletot para niña.—Vestido adornado de plisés para niñas.—Trajes para salón: Fichú de encaje y cintas.—Cuerpo escotado con adornos de encaje.—Vestido princesa.—Fichú de encaje y entredoses.—Vestido para baile.—Vestido de dos telas.—Trajes para paseo.—Cuerpo alto con aldeta plegada.—Vestido princesa figurando paletot para niña.—Ade-

rezos y joyas de moda.—Peine de coral.—Clavel y rosa sujetos en horquillas para el peinado.—Lazos elegantes para corbata.—Almohadón e iniciales bordadas.—Canastilla de flores.—Puntillas de crochet.—LITERATURA.—Hazaña de Garcilaso de la Vega, por Robustiana Armiño.—A mi hermana Benigna, poesía, por Manuel Fombona Palacios.—El Circo y los gladiadores, por M.—El Bálamo de las penas, por Angela Grassi.—Charadas.—Economía doméstica.—Explicación del figurín 1308.

REVISTA DE MODAS.

Con el mes de Abril renacen las flores, con el mes de Abril renace la moda. Los escarpates se visten de gala, las señoras renuevan su equipo y los trajes sombríos y pesados del invierno se sustituyen por los ligeros de primavera. Pocas novedades se aguardaban en vista de que ya parece imposible inventar más variedad en colores y tejidos, y sin embargo el ingenio, la inteligencia fabril, la competencia misma, se han combinado para producir novedades que de seguro llamarán la atención de nuestras lectoras, y sobre las que voy a fijar su atención.

Ante todo habré de reconocer que hay en la moda cierta tendencia masculina que no es del todo desagradable, porque da carácter de sencillez á los trajes y les permite ser de tejidos de resistencia y colores opacos. Tal sucede con la tela llamada cachemir de la India, que figura á la cabeza de los géneros de la estación, y las de dibujos cruzados y cuadrado menudo, que á veces parecerá que del traje de la señora ha quedado un retazo para el pantalón del marido; pero así lo manda la moda, y estos géneros serán los más admitidos por las personas elegantes.

La casa de Aguado en la calle del Carmen esquina á la de Tetuan y La villa de París en la calle de Postas, han recibido ya como otras muchas el surtido de primavera, y además del cachemir citado, cachemir de la China, peludo, suelto y de extraordinaria anchura, tela que no está llamada á vulgarizarse por su elevación de precio; hay las imitaciones de esta misma tela en género de precio equitativo y género barato; los cuadrillés á lana y seda de colores oscuros y de medias tintas, y las belgas, froufrou, y bengalinas nevadas, á cuadrado jaspeado y á colores lisos. Como colores dominantes figuran el color cochero (ante claro), el reseda, sauce, color de nuez, castaño claro, azul marino, ciruela y gris; todos estos colores tienen sus combinaciones de seda en el jaspeado, y hay tela color de nuez con jaspeado azul y rosa pálidos, de muy buen efecto, y azul marino con azul pálido ó blanco, gris con azul, ó reseda con verde mar subido. En sedería han recibido estas casas los mismos colores citados, y en cretonas hay gran surtido; pero de estas es prematuro todavía hablar. Como género de confección nos han mostrado manteletas, echarpes y visitas, en faya, cachemir de la India y sici-



1. Á 3. TRAJES DE SEÑORA Y NIÑA.

1 y 2. Vestido con túnica. (Véase el croquis grabado 35.)

3. Vestido princesa para niña.

liana, con encajes y flecos laminés, modelos de tanto gusto como elegancia.

Todas estas son las telas útiles y de novedad, las que son buscadas y admitidas por todas las clases, figurando siempre como telas ricas los brocateles de flores menudas de colores sobre fondos de piqué de seda, flores que parecen bordadas á mano con sedas de diferentes colores; estos cortes de pocas varas porque se combinan con faya del color del fondo, son de gran precio, y por el momento los obligados para personas de gran fortuna,

trajes de boda ó de gran recepción; uno he admirado en estas telas con enramado menudo de muchos colores sobre fondo reseda, que formaba una caprichosa combinación con faya oro viejo y encaje blanco, y era el más bello de un equipo de novia, donde había mucho que admirar.

Las hechuras de los vestidos primaverales continuarán afectando la forma de platon en el pecho y la espalda, forma ya algo vista, pero que se presta admirablemente á los vestidos de dos telas, y como estos siguen figurando en primera línea, los plastones lisos, plegados, atravesados por volantes ó por cualquiera otro adorno, seguirán usándose también. Para dar variedad á estos plastones ó centros de vestidos, hablaré de plastones ó petos de pasamanería perlada ó no, pero de gran riqueza; cierto es que muchas señoras habrán de renunciar á este adorno por lo mucho que sube, pero la pasamanería se lleva siempre con rarísimos intervalos, y alguno de estos modelos que he visto, está formado de motivos sueltos, que cuando pase la moda de los plastones ó chalecos, pueden servir para otra clase de cenefa ó guarnecido. De todos modos, la pasamanería es hoy uno de los adornos predilectos de la moda. La forma de túnica real ó figurada sigue viniendo en los vestidos de primavera, y he visto un modelo en nevado gris y faya pizarra, con el delantero y espalda rizados y ceñida la última con cinturón, sobre el cual bajan los costadillos de tela pizarra lisa á formar dos puntas ó lengüetas; un doble cuello redondo, cada uno de tela distinta, mangas pizarra y adorno inferior de la falda pizarra, completaban el traje cuya cola recogía un lazo de este color por detrás, donde terminan los costadillos. Este traje tiene cierto sello de originalidad.

Los echarpes de tela igual á los vestidos, sustituirán con ventaja á los paletots del año anterior, sobre todo en los de lana que tienen un tejido suelto y flexible; cuando toque su turno á las cretonas, será cuestión de algún serio debate esta modificación; por ahora, el fichú y la manteleta triunfan en toda la línea, adornados con flecos de seda lisa y laminé de brillo, que á cierta distancia parece pluma. Los bordados como adorno no ceden su puesto todavía y me hablan de París de abrigos y fichú bordados con soutache que parece son un modelo de elegancia, pero como novedad figura el hilo metálico en galones y flecos. Dicese que es-

te hilo tejido en galones, en trencillas ó mezclado á los flecos, reemplaza á las cuentas de cristal, y de tal manera las imita, que es necesario fijarse mucho para distinguirlos bien, aumentando este último procedimiento la riqueza del adorno, y ofreciendo la ventaja de ser algo más reducido en su precio que los bordados con cuentas.

Los sombreros de primavera aparecen adornados con felpa y con faya, y el galon con hilo metálico antes citado, se utiliza para ellos dándoles encantadores reflejos; la forma de los sombreros continúa pequeña con ala levantada y forrada de faya de tonos claros, una vez levantada por delante, otras al lado y otras bajando del centro á lo María Stuard, pero siempre con sus bridas y adornados de flechas de oro, mariposas esmaltadas y otros insectos de reflejos de colores que parecen esconderse en un nido de lazadas ó de flores. Estos mismos adornos sueltos y alfileres, peinas ó medias coronas de reflejos de colores, de perlas, de luz de luna ó de coral, se llevan colocados entre el peinado.

JOAQUINA BALMASEDA.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Á 3 Y 36. TRAJES DE SEÑORA Y NIÑA.

1 y 2. *Vestido con túnica.*—(Véase el croquis núm. 36). Estos grabados presentan por delante y por la espalda un traje elegante de la misma hechura y con distinto adorno: el croquis ofrece con sus medidas exactas el corte de la túnica, cuyo echarpe ó pieza suplente de adelante, se recoge á los lados con un lazo. El núm. 1 presenta un vestido de tela rayada con bieses oscuros y plegados de la misma tela con plaston ó chaleco del tono más oscuro, y el núm. 2 muestra un vestido de faya verde oliva con plegados y lazos de faya bordados de raso.

3. *Vestido princesa para niña.*—(Patron en el mes de Enero). Este vestido cierra en bies por delante, no lleva pliegues de pecho, por lo cual queda holgado y es de tafetina azul con plegados de lo mismo y lazos de cinta: botones bombeados de plata.

4 Á 7. TRAJES PARA NIÑOS.

4. *Vestido para niño.*—Blusa con cuello marinero y falda lisa por delante y plegada por detrás, hecho en paño azul oscuro con galones blancos y lazos iguales. Cuello y puños de hilo.

5 y 7. *Vestido paletot para niña.*—Falda de lana oscura plegada á la inglesa y túnica de cuadros cerrada por delante con ojales y botones y adornada de botones en los picos que la terminan, el vestido núm. 7 presentado por delante, es lo mismo, con la sola diferencia de que el paletot se abre sobre un chaleco.

6. *Vestido princesa para niña.*—El delantero y costadillos van cortados de todo el largo y la espalda por el contrario se corta sola con aldeta larga completándola plegados de la misma tela. Esta es lana belga gris clara con plegados de la misma tela, bieses de seda azul y botones de nácar.

8 Á 11. TRAJES PARA TEATRO Ó CONCIERTO.

8. *Fichú de encaje y cinta.*—Este modelo, á la vez sencillo y elegante, es una tira de seda de 7 cents. de ancho deshilada y plegada colocada sobre una tira de muselina, que forma la figura cuadrada del escote: un doble encaje cosido por el pié, guarnece el fichú, sujetando sus puntas desiguales ramos de flores.

9. *Cuerpo escotado.*—Un plaston ó peto rizado forma el delantero hecho en tul blanco, crespon ó faya, y un encaje guarnece el borde con un biés que sube á formar el hombro con otro encaje para la manga corta.

10. *Vestido princesa.*—Es de faya azul y escote cuadrado, sin más adornos que vivos de raso de color más vivo.

11. *Fichú de encajes y entredoses.*—Compónense de entredoses de valenciennes y plegados de muselina y se corta por un cuello marinero colocando los entredoses sobre el mismo patron, y despues de cosidos unos á otros se levanta todo, un encaje de 3 cents. guarnece el fichú además del plegado y se prolonga doble á formar las puntas. Para los claveles del peinado véanse núms. 18 y 19.

12 Y 13. VESTIDOS PARA PASEO.

El primero es un vestido con paletot sobre una falda adornada solo en el bajo, con plegados y un biés que separa el de la cabeza sujeto á conchas: el paletot forma plaston que cierra á un lado y va guarnecido todo de pluma. Sombrero redondo de castor negro con pluma blanca.

El segundo es un vestido de forma princesa, su túnica muy larga que figura descansar sobre una falda de plegados menudos: estos, el echarpe que cruza por delante á

recoger la túnica y las mangas son de lana lisa, mientras el vestido es de cachemir nevado. Fleco del mismo color adorna la túnica.

14 Y 15. TRAJES PARA SALON.

El primero de tul blanco lleva el cuerpo plegado en el pecho y centro de espalda, cuyos pliegues fija una presilla ó medio cinturon por detrás en el talle, dejándolos continuar por la falda. Ruches y plegados adornan la falda guarneciéndola además los echarpes que van á morir en la cola, cuya disposicion presentará nuestro número próximo, que mostrará este mismo traje por detrás. Los mismos ruches y lazos adornan el cuerpo y manga que llega al codo.

El segundo es un vestido con túnica de seda brochada y adornada de fleco marabut, que figura una gran vuelta en la misma falda y descende su cola por detrás. La falda de seda lisa va adornada de un ligero bullonado con nesgas de plegaditos.

16 Y 17. LAZOS PARA CORBATA.

Claramente indican estos grabados la manera de disponer los lazos con faya y encaje: el primero es un biés de faya rosa pálido, plegado en lazadas con un encaje de hilo en zig-zás y un biés con botones para sujetar el nudo.

El segundo es de faya, encaje y cinta: la primera en color tilo y en dos puntas plegadas, que sirven de remate á un lazo muy doble de cintas.

18 Á 21. CLAVEL Y ROSA DE TELA.

El clavel es una tira deshilada y plegada en faya color de fuego, como la muestra el núm. 19, y colocada en espiral sobre un cáliz de papel forrado de seda (véase núm. 20). Una horquilla le fija en el peinado.

El núm. 21 muestra una rosa de muselina ó tarlatana rosa, en bieses ribeteados de tono más bajo y fruncidos en hojas como las del núm. 22, que se van cosiendo á un círculo de linon empezando por la circunferencia: cada doble hoja consta de dos bieses de 10 cent. de largo por dos de ancho. El boton ó centro es un biés de 28 centímetros, fruncido en el espiral y colocado en el centro de la rosa.

23 Á 27. ADORNOS DE JOYERÍA.

El estilo del renacimiento domina para muebles y joyas, y nuestro grabado presenta un brazalete de oro filigrana con un motivo de coral rosa con chispas de brillantes, un collar con cadena de ópalo y rubíes, un alfiler con escudo del renacimiento, esmalte y piedras, un medallón esmaltado con busto de mujer del siglo XVI y un pendiente con arabescos de filigrana y záfiro en el centro. Todas estas son muestras variadas para elegir los aderezos completos en el gusto que se prefiera.

28. PEINA DE CORAL.

Es de concha, ligeramente convexa y rematando en corona de coral, de perlas ó de cuentas iris. De todos estos gustos se llevan, bien colocadas en el centro del peinado, bien á un lado entre los bucles.

28 Y 29. VESTIDOS PARA NIÑAS.

El primero es un vestido princesa en lana verde ruso, con bieses de seda igual, que figuran paletot y adornan vuelta y bolsillo: dos plegados de la misma tela terminan el vestido por abajo.

El segundo figura más corto el paletot y cierra con plaston por delante, y la tela es azul marino con cuadros más claros, y vivos de seda de este color: los plegados son de la tela del vestido, y patron para ellos tienen recibidos nuestras lectoras en números anteriores.

30. ALMOHADON BORDADO.

Nuestro modelo permite ver claramente el dibujo que se borda sobre paño ó terciopelo con sedas de colores, á punto de feston ó pasado con matices.

31. INICIALES.

Pueden bordarse sobre cuero, paño ó seda con torzal ó cordoncillo de oro para los perfiles, sirviendo para almohadones, carteras, cigarreras, etc.

32 Y 33. CANASTILLA DE FLORES.

Tiene la forma de un almohadon, y es un lindo presente de boda, conservando el musgo humedecido y su frescura largo tiempo. La armadura de alambre la muestra el núm. 33, llenándole de musgo y colocando despues

un ramo en el centro y otro en cada ángulo, ó variedad de flores alrededor del ramo del centro. Las flores pueden ser naturales ó artificiales, remitiendo á nuestras lectoras á los modelos de flores de papel y de pluma que tienen recibidos en números anteriores.

34 Y 35. CUERPO ALTO CON ALDETA PLEGADA.

(Patron: en el mes de Febrero.)

Un rizado muy doble de seda deshilado y con plegado de crespon á un borde, orilla el escote en corazon, prolongándose la espalda en el aldeta plegada á cañones, y terminada por un ribete. La manga en el primer modelo es estrecha con bullones de tul en las aberturas que lleve en el bajo, mientras en el otro modelo repite el adorno de rizado y encaje que se ve en la falda y escote.

37 Y 38. DOS PUNTILLAS DE CROCHET.

No ofreciendo dificultad su ejecucion nos remitimos á los grabados.

JOAQUINA BALMASEDA.

RODAJA PARA SACAR CON FACILIDAD LOS PATRONES.



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de correo á esta Administracion, para recibirla franca de porte.



Á MI HERMANA BENIGNA,

QUE ME PIDIÓ UNA EPÍSTOLA DONDE LE HABLARA DE LAS CUESTIONES MATERIALISTAS DEL DÍA, DE MIS ILUSIONES Y DE LAS GLORIAS DEL PUEBLO ESPAÑOL.

¿Deseas que mi cítara module
Y á tí consagre cadenciosa nota
Que á remontar el vuelo te estimule?

Yo quiero complacerte, mas no brota
La inspiracion en mi dormida mente,
Y vana lucha mi esperanza agota.

El estro que otros dias de repente
Mi espíritu levanta y electriza
Y me impulsa á entonar canto valiente,

Hoy de mi pecho juvenil no atiza
La poética llama bienhechora,
Que se apaga y me deja la ceniza.

Mi voluntad, empero, vencedora,
De esa ceniza sacará algun fuego
Para alcanzar á complacerte ahora.

Comienzo por decirte que ya el ciego
Quiere vencer al sol, que es ciego el hombre
Que su loca razon poniendo en juego,

Para alcanzar preponderancia y nombre,
Pretende propagar una doctrina
Que engendre duda y á la vez asombre.

Y empieza por negar la luz divina
Del alma, que nos da vigor y aliento
Y hácia el bien nuestros pasos encamina.

Y dice que el humano entendimiento
A una ley es debido, comparable
A la que dá á un vapor su movimiento.

Pero contra esa regla detestable,
Con que el impío en su maldad arguye,
Está nuestra creencia inquebrantable,

Que con sólo una prueba retribuye
A la razon su lumbrer verdadera
Y el argumento material destruye.

El vapor, que una máquina acelera
Obedece al impulso que le ha dado
El calor encerrado en su caldera;

Pero siempre el vapor es destinado
A mover aparato parecido
Y á producir el mismo resultado.

No así el humano Ser, que dirigido
Por el alma, que es chispa del Eterno,
Para fines diversos ha nacido.

Nace el poeta con afán interno
De modular su canto, como el ave,
Grato, sentido, melodioso y tierno.



EL CORREO DE LA MODA
Periodico ilustrado para las Señoras

Calle de la Montera, número 11, Madrid.

El cenobita en su retiro grave
Y en el rigor de su vivir austero
Halla de dicha la preciosa clave.

El ambicioso y vencedor guerrero
Sólo siente en su pecho la ventura
Cuando levanta el brillador acero.

Y el que en el seno de la noche oscura
Al afán del estudio se dedica,
Encuentra en ello bienandanza pura.

Así el alma á los seres comunica
Distinto aliento, pero siempre á todos
Del deber el camino les indica;

Camino sin tropiezos ni recodos,
Pero que yerra aquel que sólo busca
Gozar del mundo con brutales modos;

Y como el crimen su conciencia ofusca
Niega del alma los divinos dones
Y ve los cielos con mirada brusca.

Pero al negar las altas creaciones
Y el engaño extender, pretende en vano
Romper de nuestra fé los eslabones.

Y si hay un corazón que tan liviano
Sigue un momento la carrera misma
De aquel que niega la divina mano,

Pronto en terrible confusión se abisma,
Aquella senda nebulosa deja
Y busca ansioso de verdad el prisma,

Y cuando este la sombra le despeja
Arrepentido torna al buen camino
Como al redil la descarriada oveja.

Que la fé en el mundano torbellino
De zozobras y males y dolores
Le muestra al hombre su mejor destino;

Y le pinta con fúlgidos colores
Del Supremo Hacedor la maravilla
Y su raudal eterno de favores;

Y si es el hombre débil navecilla,
Su fé es la sabia, la invariable aguja
Que guía su derrota hasta la orilla.

Con tal virtud, el hombre sobrepuja
Todo afán, aunque en torno de su frente
El aquilon de la desdicha ruja.

Y cual después de tempestad furente
Se va aclarando el nublado espacio
Y haciéndose más diáfano el ambiente,

Y al darle el sol sus rayos de topacio,
Se presenta más límpido y hermoso
El campo azul del célico palacio;

Así el mortal que triste y caviloso
Dudando vive, sin que nadie acuda
Á librarle del dardo tormentoso;

Al prestarle la fé su santa ayuda,
Siente en su pecho la quietud serena
Libre del áspid de la negra duda....

Perdona, hermana mía, si va llena
Mi epístola de tantas digresiones
Á causa de la fé que me enajena;

Por ella abrigo nobles ambiciones,
Y ella me infunde vuelo soberano
Para alcanzar mis bellas ilusiones;

Ella me hace admirar el hondo arcano
Del Dios que muestra su alto poderío
En la tierra y el sol y el océano;

Que da fragor al huracán bravío
Y frutos y renuevos á las plantas
Y alto ramaje al encinar umbrío;

Que infunde al alma aspiraciones santas,
Y que fulmina la asolante hoguera
Que ocultan del Pichincha las gargantas;

Que de astros borda la cerúlea esfera
y da al Abril purísima bonanza
Y aromas á la flor de la pradera;

Que despierta en mi pecho la esperanza.
De alcanzar las gloriosas aureolas
Y el alto nombre que el poeta alcanza,

Y que salvando de la mar las olas
Huelle mi pie con ansiedad un día
Las adoradas playas españolas!...

Ay! de nuevo perdón, hermana mía,
Si me hace divagar en este punto
El patriótico afán que me extasia!...

El gran pueblo español, noble conjunto.
De ardimiento y valor, que no domeña
Todo el poder de Aníbal en Sagunto;

Ese pueblo que alzó sobre una peña
De las montañas vírgenes de Asturias.
En triunfo altivo la cristiana enseña;

El pueblo que luchó tantas centurias
Por desunirse de afrentoso carro
Y vengar las musulmicas injurias;

Que en las preciosas márgenes del Darro
Sobre la luna del profeta impío
Enarboló su pabellón bizarro;

Que ardiendo en gloria y en guerrero brío
Venció en Muhlberg, en San Quintín y en Flándes
Y hundió en Lepanto el turco poderío;

Que ávido siempre de conquistas grandes
Trajo la fé de Cristo al hemisferio
Donde se encumbran los fragosos Andes;

Que holló del Corso el invencible imperio
Dando á la Europa aliento poderoso
Para romper su infando cautiverio;

Que ayer no más altivo y valeroso
Del África en los crudos arenales
Cubrió de sangre al marroquí orgulloso;

Ese pueblo que ostenta en sus anales
Tan grande genio, tan brillante gloria
Y tal unión de lauros inmortales;

Es admirado y vive en la memoria
De todo aquel que se deleita el alma
Leyendo el libro de la humana historia.

Yo, cuando el sueño mis afanes calma,
Del Manzanares en el rico suelo
Veo mi hermosa ambicionada palma;

Y si hoy levanto el atrevido vuelo
Y este laud que entre mis manos vibra
Alza sus notas hasta el limpio cielo,

Es porque toco mi española fibra,
Y al tocarla un impulso me arrebató
Que del marasmo mis potencias libra.

Y así como la rauda catarata
Rompe el vallado opuesto á su corriente
Cuando del monte su furor desata;

Así rompe la cárcel de mi mente
Raudal de númen, si mi voz levanto
Para encumbrar á la española gente.

Y Dios que ve mi patriotismo santo
Me da destellos y valor profundo
Para mostrar en armonioso canto
La hispana gloria y asombrar al mundo.

MANUEL FOMBONA PALACIO.

Caracas, 1877.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

HAZANAS DE GARCILASO DE LA VEGA.

Era magnífica, en verdad, la perspectiva que ofrecía el campamento cristiano, ciudad encantadora y flotante, formada de seda, púrpura y oro, y cuyas rojas banderolas y gallardetes se estremecían dulcemente agitadas por las embalsamadas brisas del crepúsculo.

Caprichosa era, en efecto, la Reina de Castilla, y por lo mismo que su carácter era enérgico y su corazón completamente dominado por el sentimiento de la dignidad real, sus caprichos no conocían vallas ni toleraban la más razonable oposición. Grande y valerosa Reina, pero mujer al fin.

—Granada es la ciudad más bella, más encantadora; ¿por qué no he de ir á verla de cerca antes de conquistarla? La conquista es segura; pero quiero antes gozarme en admirar sus bellezas, sus torres, sus jardines.

En vano Fernando se opuso á tan atrevida empresa, con justísimas y fundadas razones. Isabel I de Castilla no sabía ceder ni en lo más mínimo.

En su consecuencia, púsose el marqués de Cádiz al frente de sus numerosas tropas, y tan prudente como previsor, hizo Fernando que acompañase á la Reina todo el tren de guerra y lo más lucido del Real, formando así un acompañamiento que no ha tenido igual en España.

Imponente era en verdad la salida del campo, guiando Don Alfonso de Aguilar y el marqués de Villena sus numerosos batallones, y luego la gran comitiva real, en la que se confundían los brocados de las damas con las garzotas y cimbras de los valerosos guerreros.

Llegando las tropas á una aldea llamada Zubia, que está en un cerro á la izquierda de Granada, y desde donde se distingue perfectamente la Alhambra, el marqués de Villena, el conde de Ureña y D. Alfonso de Aguilar colocaron sus batallones en la ladera del cerro.

El marqués de Cádiz, con todos sus caballeros, formó en el llano, dando el rostro á Granada, como para pro-

teger á la Real comitiva contra una salida inesperada.

Tomadas estas precauciones, la reina se situó con su corte en la azotea de una casa que le tenían ya preparada, y al ver de cerca á la ciudad sagrada; la ciudad de las flores; al contemplar las rojas torres de la Alhambra, descollando sobre frondosas alamedas, entusiasmada gozabase en hablar con los que la rodeaban de las magníficas fiestas que los Reyes de Castilla iban á dar en aquel encantado palacio, y del brillo que añadirían á los salones orientales los espléndidos caballeros de la corte de Castilla.

Cuando los moros vieron á los cristianos que les presentaban la batalla, se apresuraron á aceptarla con un valor de que nadie los hubiera creído capaces ya.

Capitanado por Muza, salió de la ciudad el escuadrón más lucido de toda la morisma.

Magnífico era el aspecto de la caballería morisca. Montados sobre fogosos y esforzados corceles, lucían ricos jaeces de oro y plata, y aunque primorosamente armados, dejaban flotar sobre la armadura riquísimos alquileles de brocado de oro.

Allí estaba el alma de Muza; allí estaba la flor de la juventud granadina; en aquellos guerreros cifraba su orgullo, su gloria; sin ellos se hubiera dejado matar como aquel que ya nada ama ni espera.

Salieron enseguida otros escuadrones armados los unos de todas piezas, los otros de lanzas y adargas, ó como vulgarmente se dice, "á la ginetá," desbordándose en seguida como un inmenso torrente los numerosos batallones de infantería, armados de arcabuces, de ballestas, lanzas y cimitarras.

Al ver las tropas que salían de la ciudad temió la reina haber dado un paso demasiado imprudente y envió al momento sus órdenes al marqués de Cádiz para que en manera alguna presentase batalla al enemigo, prohibiéndole severamente admitir retos, escaramuzas y desafíos, pues no quería que su imprudente curiosidad hiciese derramar ni una sola gota de sangre.

Contrariado el marqués por aquella orden que venía á poner freno á su valor y bizarría, vióse sin embargo obligado á obedecer, y á poco rato el descontento que se dejó ver en los caballeros de filas del marqués, vino á demostrar bien á las claras que no es para guerreros españoles permanecer inertes ante el enemigo.

Los moros, no sabiendo á qué atribuir aquella inesperada cobardía, llegaban osadamente hasta las filas cristianas, retaban á los caballeros, y estos permanecían inmóviles sin atreverse á contravenir las órdenes de la Reina.

Mientras duraba aquella extraña y cruel expectativa, salió por las puertas de Granada un apuesto gineté, gala y orgullo de la caballería musulmana. Era el guerrero de gallarda estatura, á la que prestaba nuevo realce una soberbia armadura de todas piezas, enorme rodela, gigante lanza, y al lado del preciado alfange damasquino, la primorosa daga, lujosamente guarnecida.

Venía con la visera calada, y los guerreros cristianos se deshacían en vanas conjeturas; pero se percibió á favor de la divisa que no podía ser otro que el moro Tarfe, el más insolente paladín de la morisma; el que había osado clavar su lanza dentro del pabellón de la mismísima reina de Castilla.

Esforzándose en sujetar su fogoso corcel, que participaba de su cólera, paseó atrevidamente por delante de toda la línea cristiana como ostentando un trofeo con el que humillaba al noble cuanto poderoso ejército cristiano.

¡Pero cual sería la sorpresa de los Reyes de Castilla cuando distinguieron atada al extremo de la cola del caballo y arrastrando vilmente por el lodo la misma tablilla del Ave María que Pulgar había clavado en la puerta de la principal mezquita granadina!

El horror y la indignación se apoderaron de todos los ánimos; el motín era inevitable; y en lugar de Hernán Pérez del Pulgar, que en aquel momento se hallaba ausente del campo, mil caballeros anhelaban ir á lavar con sangre la colosal injuria hecha á la Santa y Purísima Reina de los cielos.

Cabalgó Garcilaso de la Vega á todo trote hacia la aldea de Zubia, se echó á los pies de la reina, la pidió su permiso para vengar un ultraje que no tenía igual en el mundo, y la Reina, conmovida, se le otorgó para que fuese á recobrar la santificada tablilla del Ave María.

Volviendo entonces á cabalgar con unos bríos que hubieran infundido pavor al mismo Muza, abrazó el broquel flamenco, empuñó con fiereza su robusta lanza, y calada la visera salió al encuentro del valeroso Tarfe y le retó al combate.

Trabóse la pelea á la vista de ambos ejércitos, y con gran terror de la asustada Reina, que temblaba por su campeón favorito.

El choque fué terrible; las lanzas, hechas astillas, volaron por los aires, y el gallardo, el hermoso, el intrépido

do Garcilaso, derribado violentamente sobre el arzon de su silla, se vió por algunos momentos en el más apurado trance.

Felizmente su valor, nunca desmentido, le hizo ponerse de nuevo sobre su caballo, tomó apresuradamente las riendas, y se revolvió como un león contra su valeroso enemigo.

La lucha comenzó entonces, acometándose con las espadas, que lanzaban rayos en el aire. Las colosales fuerzas de Tarfe y la ligereza de su caballo, que le obedecía como una máquina, daban á éste cierta superioridad sobre Garcilaso, que á su vez le vencía en destreza y en la habilidad con que paraba los golpes del poderoso alfanje que reverberaba en torno de su cabeza.

Empezaba á correr la sangre del rostro de ambos combatientes; el valor desafiaba visiblemente en ambos, cuando Tarfe, con un atrevimiento sin igual, echó los dos brazos á Garcilaso para arrancarlo de la silla.

Como dos leones enzarzados vinieron al suelo ambos campeones, lastimándose horrosamente en aquella violenta caída.

Pero Tarfe había caído encima, y poniendo una rodilla sobre el pecho de Garcilaso, exclamó levantando su puñal, que iba á sepultarle en la garganta:

—Muere, infame caudillo! ¡muerre á manos del valeroso Tarfe, que ha osado clavar su lanza en el pabellon de vuestra Reina!

Los guerreros cristianos echaron un grito de desesperación; pero instantáneamente vieron caer al moro exánime sobre la arena.

Garcilaso, aprovechándose del momento en que su enemigo alzó el brazo para herirle, le clavó la espada hasta el corazón.

Así terminó aquel terrible combate, en el que se observaron tan fielmente las leyes del duelo, que á pesar de las peligrosas oscilaciones que había presentado, nadie intervino en favor ni del uno ni del otro.

Garcilaso, triunfante, despojó el cadáver de su enemigo, recobró la tabilla del Ave-María, y levantándola en la punta de su espada, la paseó en triunfo entre las filas del ejército, que la recibió con aclamaciones y gritos de alegría.

Furiosos los moros con la pérdida de su gallardo campeón, llegaron capitaneados por Muza hasta las filas del marqués de Cádiz, que no tuvo ya más remedio que aceptar la batalla. El combate se hizo general; todos los cuerpos tomaron parte en aquella gigantesca lucha, en la que sólo se batallaba por unánime sentimiento de venganza.

Las horas pasaban y el combate se prolongaba hasta que, volviéndose la suerte contra los moros, se vieron estos precisados á emprender una vergonzosa fuga, logrando algunos ganar las puertas de la ciudad, y buscando otros en los bosques un refugio contra sus valerosos enemigos.

Los cristianos, sin cesar un momento, persiguieron á los moros hasta las mismas puertas de Granada, causándoles una pérdida de más de dos mil hombres, y como dice un escritor de aquella época:

"Non hubo en aquel día lanza cristiana que no se bañase en sangre mora."

Tal fué la acción que la curiosidad de la Reina trajo en pos de sí, denominada por los vencedores *La escaramusa de la Reina*.

Para que quedase en el mundo conmemoración de su victoria, fundó la Reina doña Isabel en la misma aldea de Zubia un monasterio de religiosos franciscanos, en donde se vé un laurel que se dice plantado por la misma mano de la Reina.

También se vé hoy todavía en Zubia la casa desde donde la Reina presenciaba la batalla.

Está en la primera calle de la aldea de Zubia, á la derecha, entrando en el lugar por el lado de la Vega. Esta casa conserva todavía las armas reales pintadas en los techos.

Habita un honrado labrador que enseña su casa á todo el que quiere verla y que rehusa con noble orgullo toda clase de dádivas, ofreciendo en cambio la hospitalidad al forastero. Sus hijos están muy versados en los antiguos romances de Hernán Pérez del Pulgar y Garcilaso de la Vega. Según los romances antiguos, en ese día memorable ganó Garcilaso el apellido de Vega, por haberle dicho la Reina:

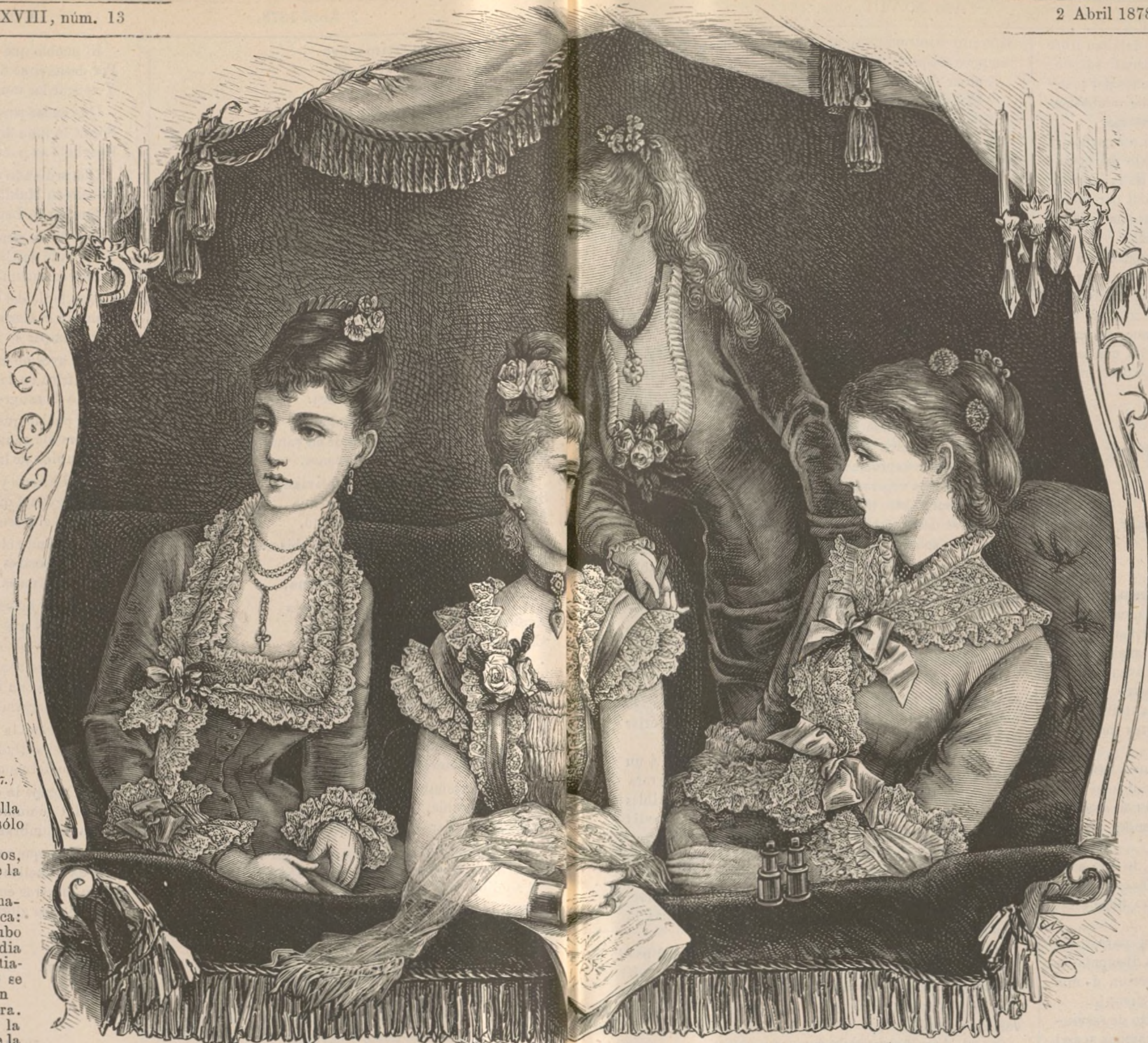
"Y pues en la Vega hiciste — Hazaña tan memorable, — Garcilaso de la Vega — Has de ser en adelante."

ROBUSTIANA ARMIÑO.



4. Traje para niño.

5. Vestido-paletot para niña. (Véase el núm. 7.)



8. Fichú de encaje y cinta.

9. Cuerpo escotado con adorno de

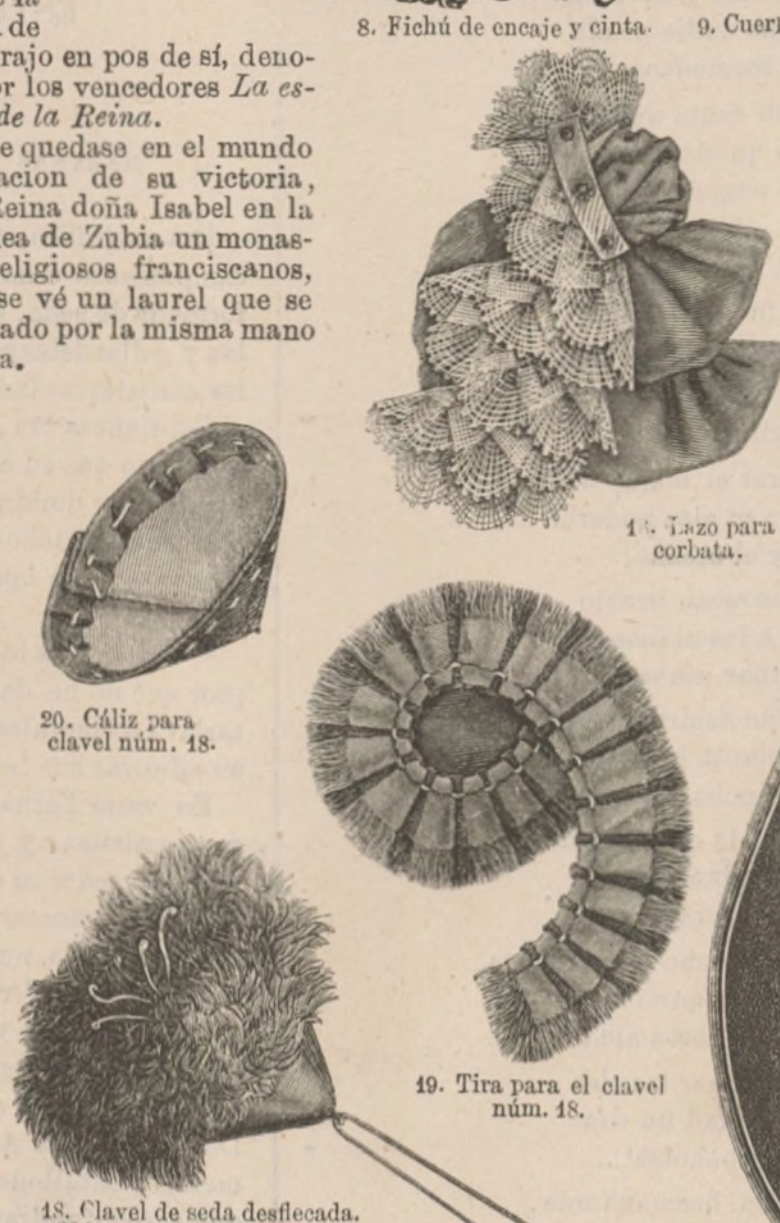
20. Vestido princesa.

12. Fichú de encajes y entradosos.



12. Vestido con paletot.

15. Vestido adornado con fleco.

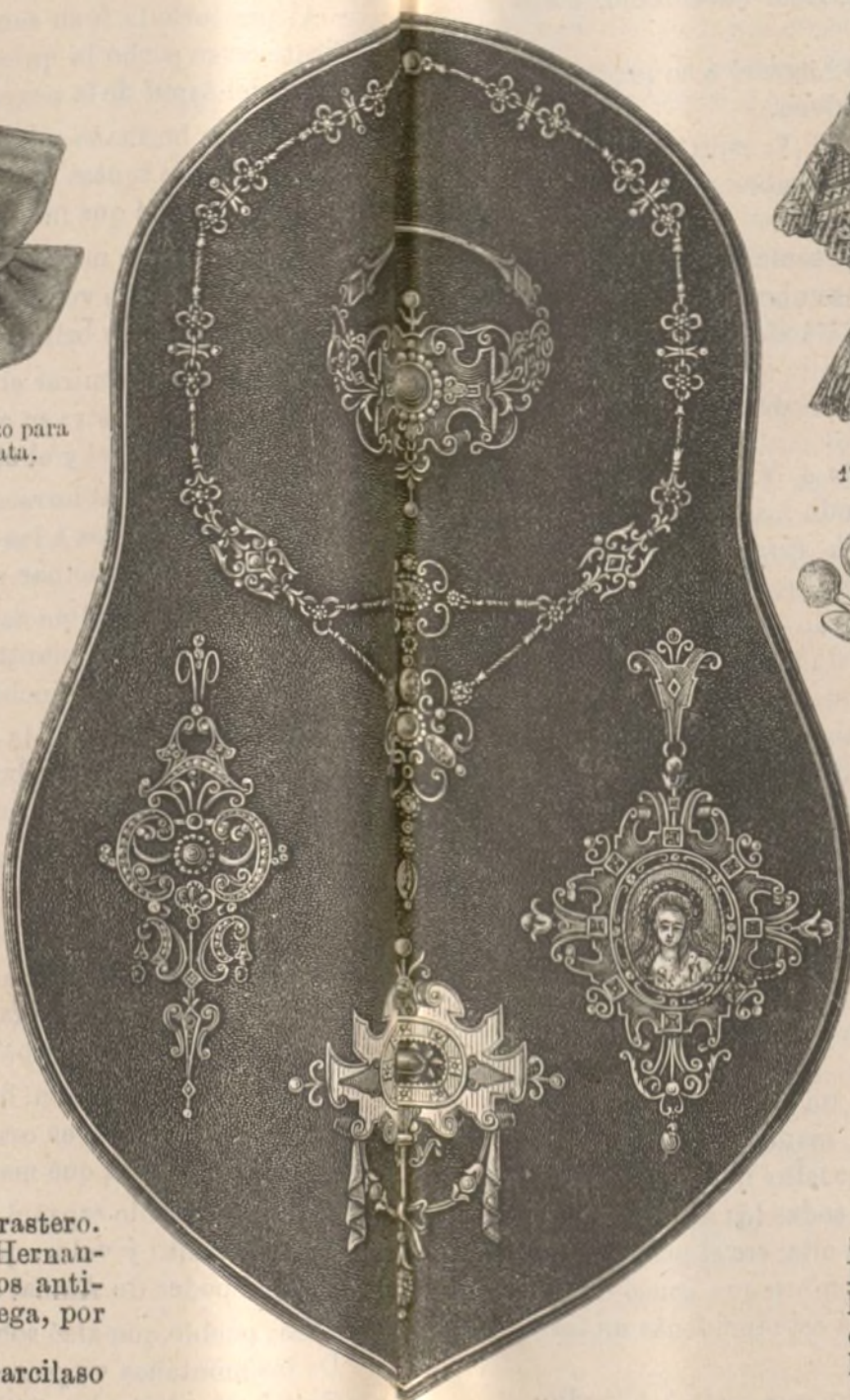


20. Cáliz para clavel núm. 18.

18. Clavel de seda desfilada. (Véanse los núms. 19 y 20.)

19. Tira para el clavel núm. 18.

14. Lazo para corbata.



23. 27. Adornos

de joyería



17. Corbata de seda y encaje.

22. Detalle para la roca núm. 21.

21. Rosa de bisies de muselina.

que representa una escena de la Pasión.

El emperador Claudio hizo combatir 19.000 gladiadores en las fiestas del lago Fucino en una batalla naval. En aquella lucha se pronunciaron por primera vez las famosas palabras *Ave Caesar, morituri te salutant*. Haciendo contestado el Emperador *ave*, pretendieron que esta salutación les

perdonaba la vida, y no querían combatir, siendo preciso amenazarles con catapultas colocadas en las torres, para obligarles á un combate en el que, sea dicho de paso, según Tácito, hubo actos de gran valor.

Las luchas de los gladiadores son casi tan antiguas como Roma. En

un principio Roma era una pequeña ciudad, como otras tantas del Lacio y de la Etruria, y había guerras de ciudad á ciudad. Cuando los romanos habían conquistado una, se llevaban los despojos con los guerreros que mejor habían combatido, y habían podido hacer prisioneros.

Este fué el origen de los triunfos en el Capitolio. Se celebraban fiestas, y uno de los regocijos era hacer combatir á los guerreros

ARQUEOLOGIA.

EL CIRCO Y LOS GLADIADORES.

Uno de los más asombrosos monumentos de la grandeza romana, es indudablemente el coliseo. Los romanos tenían una afición irresistible á los combates del Circo. Su poderío se había extendido por todo el mundo conocido y propagado su afición en todas partes, como lo atestiguan los Circos de Nimes, de Arles, de Verona y de muchas otras ciudades. Un escritor latino ha dicho con razón, que la guerra más desastrosa no hizo verter tanta sangre como los combates de los gladiadores, los cuales continuaron aun después del triunfo del Cristianismo, y solo fueron suprimidos por el emperador Honorio.

En las épocas del engrandecimiento de la República y del Imperio, los romanos ricos tenían gladiadores, los cuales continuaban aun después del triunfo del Cristianismo, y solo fueron suprimidos por el emperador Honorio. Después de un festín hacían venir tres ó cuatro pares de gladiadores y les mandaban que se matasen para divertir á los convidados. Julio César tenía 100 pares, y había agregado un médico á este cuerpo para la curación de los heridos; lo cual no era común, porque para ostentar más lujo y demostrar que no les dolía comprar otros, abandonaban los heridos, y César fué elogiado por este rasgo de humildad.

El sitio de honor se hallaba en el Circo encima de la pared que rodeaba el redondel, y se llamaba *podium*; desde allí se podía ver de cerca la fisonomía de los gladiadores moribundos y disfrutar de los menores detalles del combate. En el *podium* estaban los asientos reservados á las vestales, al Emperador y á su familia, á los senadores y á los principales magistrados.

Detrás del *podium* empezaban las gradas destinadas al pueblo, las cuales estaban divididas en tres órdenes llamadas *menima*. La primera division se componía de doce gradas y la segunda de quince, y eran de mármol. Las de la tercera division eran, según se cree, de madera. Todas las gradas podían contener 87.000 espectadores, y se calcula que se colocaban además en pie 20.000 en los pórticos de la parte superior que eran de madera. Encima de las ventanas del sitio más elevado, se ven aún agujeros, en los cuales se supone estaban empotradas las vigas del *velarium*. Estas vigas sostenían poleas y cuerdas por medio de las cuales se deslizaban y recogían unas inmensas tiras de lienzo que cubrían el anfiteatro y protegían á los espectadores del ardor del sol.

Muchos cristianos sufrieron el martirio en el Circo. Este edificio fué objeto de gran veneración en la Edad Media, y á esto se debe que no se haya destruido completamente. Benedicto XIV, queriendo quitar todo pretexto á los grandes señores, que durante algunos siglos iban allí á buscar piedras como

á una cantera, mandó construir cuatro pequeños oratorios, cada uno de los cuales contiene un fresco



14. Traje para baile

15. Traje para salón.

cautivos. Sucedia que los que peleaban con más valor se grajeaban á veces las simpatías del pueblo, eran entonces admitidos en una de las tribus, y recibían los derechos de ciudadanos romanos.

Más adelante, los Reyes vencidos no tuvieron esta dicha: despues de figurar en el triunfo de un cónsul victorioso, eran condenados á muerte.

En las fiestas públicas, los Emperadores vestían á veces magníficamente á los gladiadores con corazas de plata y escudos con adornos de oro.

Muchas veces tambien el pueblo salvaba la vida á los combatientes que se distinguían.

No se crea que los gladiadores, viviendo juntos y haciéndose hasta amigos, podían ponerse de acuerdo y combatir sin hacerse mucho daño. Si se advertía que no peleaban con furia, los castigaban con palos. En los combates públicos del circo, el pueblo era muy exigente, y si los gladiadores no combatían con encarnizamiento, se alzaba un clamoreo formidable de ¡palos! ¡palos! y era preciso obedecerle.

Eran conducidos á una de las galerías subterráneas que rodean el Coliseo, y allí recibían la corrección, lo cual no obstaba para que una hora despues no saliesen otra vez al Circo.

Pero al mismo tiempo los gladiadores que combatían con gracia y valor obtenían la benevolencia de la multitud.

Cuando uno de los combatientes tenía á otro debajo de sus piés con la espada pronta á hundírsela en el pecho, había con frecuencia una lucha de opiniones de aquella multitud de sesenta á ochenta mil espectadores, y era difícil adivinar en aquel estrepitoso clamoreo cuál era la opinión de la mayoría. Se apelaba entonces á las Vestales que tenían una tribuna particular: si levantaban el dedo pulgar, perdonaban la vida; si lo doblaban, era orden de matar. Pero de todos modos el gladiador debía morir con gracia y desembarazo.

Así, pues, cuando estaba tendido bajo la rodilla de su vencedor, si se hallaba instruido en las gracias artísticas de su oficio, cogía la punta de la espada de su adversario y se la colocaba en el cuello de modo que este no tuviera más que clavarla si la decisión del pueblo y de las Vestales era negativa.

Por otra parte, en las escuelas de gladiadores se enseñaba todo esto á los esclavos destinados á los Circos, donde aprendían las diversas maneras de morir que más podían agradar á los espectadores.

La máxima fundamental que los maestros inculcaban á sus alumnos era, que no había nada más bello que exhalar la vida entre los aplausos frenéticos, y que era una ignominia morir entre los silbidos del pueblo rey.

Los atronadores aplausos, las emociones de las matronas romanas, sus demostraciones de interés, la admiración de los Cónsules y de los Césares, todo esto exaltaba al público hasta el punto de ver á grandes personajes entregarse á los combates del Circo, á pesar del desprecio con que eran considerados los gladiadores.

El profesor Aléardo Aléardi ha contado la impresión que causaron estos combates á un hombre ilustre que había detestado siempre estos juegos crueles. Habiendo ido á Roma, sus amigos se empeñaron en que asistiese á una de las fiestas del Circo, y se negó; pero debían tomar parte en la lucha gladiadores de gran fama, y toda la ciudad estaba entusiasmada. Insistieron sus amigos, y se dejó conducir, pero con el firme propósito de volver los ojos.

En efecto, en un principio los volvió, pero las aclamaciones y el estruendo del pueblo le hicieron olvidar su resolución, y miró; y no solo le gustó el espectáculo, sino que se entusiasmó de modo, que si hubiera dependido de él, hubiera empuñado una espada y se hubiera arrojado entre los combatientes. Tal era el efecto irresistible que habían producido en su imaginación la embriaguez de los vítores, la pantomima guerrera, el sonido de los clarines y los transportes belicosos de los combatientes. Figurémonos el efecto que estas escenas sangrientas habían de producir en una multitud más impresionable, menos dueña de sí misma y de principios menos sólidos que los de aquel hombre, pues era verdaderamente cristiano.

Sucedia algunas veces que el pueblo rey se fastidiaba en el Circo.

Los gladiadores ostentaban su destreza en el manejo de las armas, en la defensa y en el ataque, y había luchas interminables á causa de la habilidad de los combatientes. Los espectadores seguían en un principio con interés las peripecias de la lucha, y aplaudían las buenas estocadas y los quites excelentes; pero no acudían al Circo para ver estas muestras de destreza; querían ver derramar sangre, querían ver heridos y muertos. Si los gladiadores no podían matarse, pedían que combatesen con ojos vendados.

Ponían entonces á los gladiadores unos cascos hechos

expresamente que les cubrían los ojos y les dejaban libre la respiración, y el pueblo quedaba muy pronto satisfecho. Corría la sangre, anchas heridas causadas por mandobles descargados al azar inutilizaban á los combatientes, y algunos caían para no volver á levantarse.

Los dependientes del Circo acudían con sus garfos, y los hundían en los huesos de torax ó debajo del homoplato para arrastrarlos hacia la puerta de la muerte; porque había dos puertas, la puerta triunfal por donde salían formados los gladiadores, ostentando sus brillantes armas, y en frente la puerta de la muerte.

Era la puerta por donde retiraban arrastrando á los heridos, y había allí una sala en que depositaban los cadáveres para enterrarlos cuando habían terminado.

Gracias á Dios el Catolicismo ha destruido estas bárbaras costumbres, y solo han quedado algunos restos de ellas en los espectáculos de corridas de toros, que son á la par bárbaros y repugnantes. ¡Ojalá veamos desterradas de nuestro suelo estas escenas!—M.

EL BÁLSAMO DE LAS PENAS

NOVELA DE COSTUMBRES

Original

DE ANGELA GRASSI.

(Continuación.)

Marcela, con ese cruel instinto de las gentes que se hallan colocadas en baja esfera, se despachó, como suele decirse, á su gusto, así que se vió libre de las miradas de Genoveva, y pasó revista general, como suele decirse también vulgarmente, al traje del pobre jóven, que ya ponía un pié sobre otro para ocultar el rastro de tinta de sus botas, ya colocaba una mano sobre la rodilla para que no se la viese blanquear, y gruesas gotas de sudor manaban de su frente.

Y en verdad que no tenía razón, porque á pesar de aquellos desperfectos, de él tan sólo conocidos, el conjunto de su atavío nada ofrecía de ridículo ni extraño.

Por fortuna, Genoveva pareció comprender su tortura.

—Venga V. á asistir á nuestra lección, le dijo sonriendo; estoy aprendiendo el inglés desde hace cerca de tres meses, y por cierto que el maestro no debe estar muy satisfecho de mis adelantos.

En efecto, la jóven había traducido un párrafo de Walter Scott, y tanto el maestro como la discípula se hallaban sumamente perplejos sobre la elección de una palabra, aun recorriendo al auxilio del Diccionario.

Magnífica ocasión era aquella para Cláudio de reevindicarse de su anterior torpeza en la escaramuza social que tan hábilmente habían sabido sostener sus nuevos amigos, pero él se guardó muy bien de decir esta boca es mía, asistiendo al debate con una impassibilidad espartana.

—¡Calle! exclamó de repente Eugenio volviéndose hacia él, ¿no dijo V. ayer que daba lecciones de inglés?

Cláudio cogido en el lazo como ratón desprevenido, se puso del color de las amapolas y con voz entrecortada y balbuciente dió la solución pedida.

Poco á poco, sin embargo, se desató su lengua, como que se hallaba en su verdadero terreno, tradujo el pasaje oscuro con facilidad y elegancia, y de pregunta en pregunta, de objeción en objeción, desarrolló un método de enseñanza, ideado por él, que debía producir los más felices resultados.

Genoveva le escuchaba con viva complacencia; Eugenio con una admiración mezclada de mal humor.

—Conozco que nada sé, dijo por fin cerrando con violencia el libro. Desde hoy, Cláudio, entra V. á desempeñar dos cometidos en esta casa, porque desde hoy va V. á ser el maestro de esta señorita.

Genoveva miró con inquieta sorpresa á su prometido, y le dijo con un ligero acento de despecho.

—¡Abandona V. á su discípula, Eugenio?

Despejóse la nube de tristeza que había velado el semblante de Eugenio, y recobrando su expresión alegre y su tono jovial, respondió con noble franqueza.

—Confieso que me ha humillado un poco la superioridad de Cláudio, y que he sentido un movimiento de despecho. Ahora se ha pasado; pero como esta superioridad existe real y efectivamente; como conozco que yo la haré V. perder el tiempo de un modo lastimoso, creo que cumple á mi lealtad retirarme, y dimitir mi honroso cargo en favor de quien es tan digno de ejercerlo.

El Sr. de Mendoza, que entró en aquel instante, puso término á un incidente, que si había sido desagradable para Eugenio y Genoveva, había lisonjeado no poco el abatido amor propio de Cláudio.

El Sr. de Mendoza era un hombre de edad provecha, aunque fuerte y vigoroso. En su rostro se reflejaba el in-

diferente egoismo de su alma, y si no causaba repulsión, tampoco despertaba simpatías.

A pesar de esto acogió á Cláudio con exquisita finura. —Con manifestar á V. que Eugenio es mi futuro yerno, le dijo, comprenderá que no puede haber para mí recomendación más eficaz que la suya: sea V., pues, el bienvenido en esta casa.

Cláudio entonces quiso despedirse, pretestando que era la hora de comer.

—No, dijo Eugenio vivamente; me pertenece V. hasta las doce de la noche. Había formado de antemano este plan; pero ahora me adhiero más á él, por cuanto quiero borrar de su ánimo de V. la mala impresión que ha debido causarle mi injusto arranque de hace poco.

No hubo medio de resistir, y Cláudio tuvo que resignarse con la prolongación de su tormento.

En la aurora de la vida, gustamos de la lectura de novelas, en las cuales los acontecimientos se suceden unos á otros con una rapidez increíble, siendo un manantial incesante de fuertes y encontradas emociones, y nuestra exaltada imaginación nos hace esperar para el porvenir combates, zozobras y agudos sufrimientos, volcánicas pasiones que comprometan nuestro reposo, y en consecuencia de esta esperanza nos apercibimos para la lucha. Y sin embargo esto no es verdad: la vida, en el orden general, se desliza uniforme y tranquila; un día se parece á otro día; son los iguales eslabones de una cadena larguísima que arrastra tras de sí algún suceso notable; pero pasado éste, la cadena vuelve á ser tan uniforme como antes. Y no es esto decir que el espíritu no experimente fuertes sacudidas, como el cuerpo experimenta dolorosas enfermedades, sino que semejante estado moral no constituye la regla sino la excepción. Es cierto que el ser más despreciable tiene en su vida algunas páginas de novela; pero esta se desarrolla en un día cada diez ó veinte años, y este día decide de la suerte ulterior del individuo.

Por lo tanto, para no abandonar la imaginación á un imprudente vuelo; para no soñar con emociones que rara vez se experimentan; para no buscar escenas terribles que muy de tarde en tarde se representan en la comedia de la vida, es preciso que erijamos por héroes de nuestro drama la benevolencia, el deber, la caridad, la virtud, y si, sin contar con el auxilio exterior de otros seres, sabemos ponerlos en juego y hacer que representen un papel sublime, jamás nos acosará el hastío, jamás la monotonía de la existencia nos será enojosa.

Habían transcurrido doce años desde la muerte del padre de Cláudio, doce años de constantes privaciones, de angustiosos pero uniformes sufrimientos, y había llegado el día de la excepción, la época en que se realizase la novela de su vida.

Sonó la hora de que se sentasen á la mesa.

Cláudio no era el solo convidado; había, además de Eugenio, que era cuasi un comensal cotidiano, otros seis caballeros y una señora.

Entre ésta y Genoveva colocó Eugenio á su protegido, sentándose él al otro lado de la jóven.

—¡Jesus mil veces! ¿Qué es esto? ¡V. aquí! exclamó la señora, tocando á Cláudio en el hombro y fijando en él los ojos con verdadera sorpresa.

Levantó Cláudio los suyos que tenía fijados en el plato, y no pudo reprimir un grito de asombro, casi de espanto, al reconocer en la señora á doña Cándida, su inflexible casera.

Esta interrogó con los ojos chispeantes de cólera al dueño de la casa.

—Había olvidado presentárselo á V., balbuceó tímidamente el banquero, respondiendo á aquella muda pregunta. Un jóven recomendado de Eugenio, á quien he concedido una plaza en mi escritorio...

—¡Ah, dijo Cándida frunciendo el ceño y con tono irónico; conque un recomendado de Eugenio, eh! Buena adquisición han hecho ustedes, buena, buena!...

—¡Sí, buena adquisición! exclamó otra vez ágría desde el extremo opuesto de la mesa. ¡Si me hubieran ustedes preguntado á mí, si me hubiesen pedido informes!...

Cláudio levantó por segunda vez la cabeza con las mejillas encendidas de vergüenza.

¡El que pronunciaba aquellas palabras era el inhumano Gámbara! Parecía que su funesta estrella le iba poniendo delante á todas las personas que se habían ensañado en contra suya para que le sirvieran de obstáculo en su camino!

Pero Genoveva se levantó con un imperio ajeno á su habitual dulzura, y sirvió por su mano el primer plato de sopa á Cláudio. Su ademán resuelto no dejaba duda ninguna respecto á su intención; todas las miradas fijadas en el aturdido jóven se fijaron en ella; era el primer acto de voluntad que obraba, y el asombro que causó en los circunstantes hizo que sucediera á este incidente un largo y embarazoso silencio.

No te referiré, Luisa mía, lo que sufrió Cláudio

durante la comida. La timidez y la falta de costumbre le hicieron cometer mil torpezas, que aumentaban su confusión: tan pronto vertía el vino sobre el mantel, tan pronto tomaba la cuchara en vez del tenedor, ó empleaba éste en lugar del cuchillo. En los postres, hizo Genoveva una fineza, y tanto quiso apresurarse á devolverla el obsequio, que dió en el suelo con la bandeja de los dulces. Jamás sufrió tanto el infeliz, ni cuando velaba á su padre enfermo, ni cuando llevaba en brazos á su hermano para sacarlo al campo. Gruesas gotas de sudor cubrían su frente, y una angustia mortal oprimía su pecho. Y sin embargo, con aquel fino tacto de las personas bien educadas, nadie parecía fijar la atención en sus desaciertos, y por el contrario los concurrentes se esmeraban en prodigarle las más delicadas atenciones.

Terminóse por fin la comida como terminan todas las cosas de la tierra; pero por una fatalidad implacable Genoveva recibía á sus amigas una vez cada semana, y aquel era precisamente su día de recepción.

Aún no habían concluido de tomar el café, cuando los criados anunciaron que los salones estaban ya llenos de gente.

A pesar de que aquella reunión se llamaba de confanza, Cláudio quedó deslumbrado al ver reunidas allí á tantas mujeres hermosas, que lo parecían más aún al resplandor de las luces, y engalanadas con todos los atributos de la moda y la riqueza.

Pero en medio de aquel bullicio sufrió doblemente su amor propio. Como las atenciones de que había sido objeto eran debidas á una exquisita urbanidad, desde el momento en que los demás dejaron de estar en contacto directo con él, se creyeron con derecho de abandonarle á sí mismo.

Permaneció, pues, solo, aislado, inmóvil en el dintel de la puerta sin que nadie se ocupase de él, ni aún Eugenio que parecía una brillante mariposa revoloteando alrededor de aquellas hermosas flores.

Ni una mirada se fijaba en él, como no fuese curiosa ó impertinente, ni una mano se adelantaba para estrechar la suya.

Oprimiósele el corazón, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Dejó caer la cabeza sobre el pecho, y quedó sumido en una meditación profunda.

No se atrevía á marcharse sin despedirse de Eugenio y de los dueños de la casa; para despedirse de ellos hubiera sido preciso que atravesase el salón y hubiera preferido la muerte á atravesarle, lleno como estaba de gente.

Desocupóse por fortuna una silla al lado de la puerta, y se sentó en ella. La que la había abandonado era una señorita, que después de muchas instancias se dirigió al piano, y se acompañó una canción tierna y melodiosa.

En la disposición de ánimo en que se hallaba Cláudio la música no podía menos de afectarle hondamente; las lágrimas se desbordaron de sus ojos, y se escaparon de su pecho profundísimos suspiros.

Levantóse la señorita entre el rumor de los aplausos y la sustituyó Genoveva.

Genoveva tenía una voz melodiosa al par que enérgica, y el canto que entonó no fué de melancolía sino de consuelo y de esperanza. Si tembló al dejar escapar las primeras notas, dejóse luego arrastrar por un fervido entusiasmo, y terminó sumida en un éxtasis sublime.

Parecía dirigirse á un alma acongojada, parecía predicar la ventura tras los largos sufrimientos; los rayos del sol y el hálito perfumado de la primavera tras las noches lúgubres y el cielo nebuloso del invierno.

¿Por qué sus ojos buscaron entre la multitud á Cláudio? ¿Por qué fijó en Cláudio su resplandeciente mirada?

Cuando espiró en sus labios la última nota, los concurrentes no respondieron como ántes con estrepitosos aplausos; estaban embargados de emoción, trémulos, sojuzgados; el canto de Genoveva había despertado un eco de amor en todos los corazones.

Al concierto sucedió el baile; tocóse un vals, abrióse un círculo en medio de la sala, y numerosas parejas salieron á describir rápidos giros, ostentando en sus ojos un júbilo que casi se parecía al delirio.

Aquella alegría bulliciosa entristeció más y más al pobre abandonado, que se cubrió el rostro con las manos para no ver la brillante visión que le deslumbraba.

Entonces oyó cerca de sí una voz llena de mágicas inflexiones, que le decía con inusitada dulzura.

—¿Quiere V. ser mi caballero?

Apartó las manos que cubrían su rostro y vió delante á sí á Genoveva.

Estaba deslumbradora de gracia y de belleza.

Genoveva no le dió tiempo para contestar, asíóle de la mano y le arrastró consigo por entre aquel torbellino de parejas que daban vueltas como insensatos.

Aunque Cláudio hubiese bailado en sus juveniles años, hacía mucho tiempo que no se entregaba á este placer

turbulento. La sorpresa, la timidez y la agitación le hicieron experimentar un vértigo.

Su compañera tuvo que sostenerlo y acompañarlo hasta un próximo diván, sobre el cual se dejó caer desfallecido.

—Dios mío, ¿qué tiene V.? ¿Quiere V. que pida socorro? ¡Ah, mi pomito de sales! exclamó Genoveva angustiada.

No era por fortuna más que un vahido el que aquejaba á Cláudio; pronto sus mejillas se colorearon de nuevo, y devolviendo el pomo á Genoveva, la dijo turbado y confuso:

—¡Cuánto lo siento!... perdóneme V.... Además de privarla de bailar la he asustado: ¡tengo desgracia en todo!

—Este placer apenas lo es para mí, se apresuró á decir Genoveva, no lo sienta V. por eso.

Una traviesa jovencilla apoyada en el brazo de su caballero pasó por delante de ellos, é inclinándose hácia Genoveva murmuró en voz baja:

—Te está bien empleado; siempre andas á caza de estantiguas. ¿Quién te manda elegir por pareja al más feo y más torpe de nuestros caballeros?

Aunque pronunciadas en voz baja, Cláudio oyó estas palabras, y la rápida mirada que Genoveva fijó en él le probó que no se había equivocado.

Genoveva era altiva, gustaba de la lucha; resentida por el epigrama dirigido á Cláudio, quiso mostrar públicamente que lo despreciaba.

—Ya que no podemos bailar, paseemos, le dijo. El aire le sentará á V. bien.

Enlazó su brazo al de Cláudio, que se levantó confuso, y emprendió su paseo, midiendo con miradas de desprecio á todas aquellas mujeres frívolas, y á todos aquellos hombres de espíritu mezquino, que sólo juzgan de las cosas por su engañosa apariencia.

Parecía orgullosa de proteger con su égida al triste joven, que solo tenía en contra suya la modestia del traje y la poca costumbre de las prácticas sociales.

Paseó largo tiempo entre las bulliciosas parejas. Los jóvenes los contemplaban con curiosidad, y algunos más atrevidos detenían á Genoveva y cuchicheaban con ella en voz baja.

Cláudio no podía dudar de lo que la decían, porque acompañaban sus palabras con miradas desdeñosas é inquisitoriales.

El infeliz estaba tan humillado en medio de su triunfo, que hubiera querido que se abriese la tierra y le tragase.

Pasaron por delante de un espejo; Cláudio se miró furtivamente en él y lanzó un gemido de angustia.

Estaba horriblemente pálido y nunca se había visto tan feo.

—¿Qué tiene V? le preguntó Genoveva con cariñoso interés; ¿sufrir V. todavía?

El joven tardó algunos segundos en contestar.

—¡Me encuentro tan poco digno de acompañar á V! balbuceó por fin. ¡Soy tan feo! ¡Oigo zumbir en mis oídos mil risas mofadoras, veo como se clavan en mí miradas de curiosidad y desprecio... En verdad que mi aparición en el baile ha dado golpe, como suele decirse... Yo ya sabía que era feo, pero no creía que llamase la atención... Además no estoy bien vestido... ¡Si me permitiese V. retirarme!...

Genoveva le retuvo dulcemente.

—Eso no es cierto, le dijo con tono persuasivo. Soy demasiado amiga de mis amigos, para haberle puesto en evidencia, si hubiese conceptuado que estaba V. ridiculo. Sé muy bien que el trato social exige ciertos sacrificios, y que, aunque debiéramos despreciar á los que nos rechazan porque ignoran nuestro nombre, y advierten que nuestros trajes no están cortados con arreglo al último figurín, sin embargo es preciso que nos sometamos á sus leyes, porque son las leyes del decoro. Pero hay un medio entre la exquisita elegancia y la modesta decencia; V. se halla en ese término medio, y no debe avergonzarse. Si le miran, si preguntan y cuchichean, es porque le ven por primera vez en nuestro círculo, y el mundo es asaz frívolo y novelero; es además porque yo, siendo la prometida de Eugenio, guardo siempre una prudente reserva con los jóvenes que me rodean, reserva que no he querido guardar con V., que aquí no conoce á nadie, y que por lo tanto estaba expuesto á hacer un papel desairado.

Esta benévola explicación, dada con tono más benévolo todavía, tranquilizó algún tanto á Cláudio.

Hay en el fondo del corazón de la mujer una necesidad tal de abnegación; se siente tan feliz, ella que es débil, de poder amparar á algún otro ser más débil todavía, que no retrocede ni un ante los mayores sacrificios.

Por esto las madres quieren tanto más á sus hijos cuanto son más enfermizos ó contrahechos; por esto las

mujeres son ángeles consoladores de los pobres y afligidos, y Genoveva era mujer en toda la extensión de la palabra.

No obstante, juzgó prudente poner á salvo á su susceptible compañero de algún epigrama indiscreto, y pretestando que tenía calor, le condujo á la sala en donde estaba preparado el té, y alrededor de la cual se habían ya agrupado las personas de edad proveecta, amantes de los goces positivos.

Allí fué á buscarlos Eugenio, quien exclamó con tono de reproche, dirigiéndose á Genoveva:

—¡Ya se está terminando el rigodon y había V. prometido bailar conmigo!

—¡Cree que lo habría V. olvidado! respondió Genoveva sonriendo. ¡Estaba V. tan entretenido con las niñas! Además, este caballero no conoce aquí á nadie, y debía ocuparme de él.

Eugenio se sonrojó; comprendió que había procedido con ligereza, como le sucedía con suma frecuencia, y aprovechando la lección, no se separó ya un punto de ellos.

Volvieron á la sala del baile, y mientras Genoveva cedía á la invitación de un joven extranjero, Eugenio enlazó su brazo al de Cláudio y lo llevó á la sala en donde se jugaba el aristocrático tresillo.

Mendoza, Gámbira y la señora hacían juntos la partida. Además de la suya había otras cuatro ó cinco mesas rodeadas de jugadores.

Allí la alegría no era tan franca y bulliciosa como en el salón del baile; era una alegría forzada, una alegría urbana, por decirlo así, que encubría mal el despecho y la impaciencia.

La señora perdía, y en un acceso de mal humor tiró las cartas sobre la mesa.

—¡Jugad solos! refunfuñó con grosero acento sin poder dominar su cólera; esta noche en todo me persigue la suerte.

—¡Ay, que descubres la hilaza! dijo Eugenio riendo al oído de su amigo.

—Vamos, vamos, exclamó el banquero con tono conciliador, prosigamos nuestro juego. Por Dios, no se irrite V. tanto contra la suerte, que al fin es mujer, y por lo mismo caprichosa.

Cándida se puso encendida de ira.

(Se continuará.)

Mas Soluciones á la charada *Teodomiro*, que apareció en el núm. 9 de EL CORREO, correspondiente al 2 de Marzo, por las señoritas Doña Encarnación Tinoco y Lobo, de Villalba de los Barros; Doña Cristina Sanchez Royo, de Balmaseda; Doña Josefa Anton, de Zaragoza; Doña Julia Gonzalez, de Santander; Doña Bonifacia Allen, de Cádiz.

Soluciones á la charada que apareció en el núm. 11 de EL CORREO, correspondiente al 18 de Marzo por las señoras Doña Carmen Ferráz, de Orihuela; Doña Genoveva Astor, de Gerona; Doña Basilia Irigoyen, de Mérida; Doña Sebastiana Sanchez, de Pau (Francia); Doña Julieta Arzonía, de Santander, y Doña Carolina Ballares, de Valladolid.

SOLIMAN.

CHARADAS.

I.

Prima dos prima es un líquido
Como cuarta quinta sólido,
Una vocal la primera
Y un animal prima cinco.
Una, dos y tres tu ingenio
cinco una yo, mi lectora,
que lo aciertas, y una jaula
do entrarlo, te ofrezco ahora
al todo, que es animal
volátil en toda Europa,
aún que se conoce más
en los Polos do más mora.

SALVADOR MARTINEZ.

Madrid.—Julio de 1877.

II.

Tiene Móstoles entera
mi primera:
Y con el Cárpio se funda
mi segunda:
En Sacedon vé cualquiera,
mi tercera.
Por tan sencilla manera
Se ve claro que en efecto,
Significan un insecto.
Prima, segunda y tercera.

JOAQUIN RAMA.

ECONOMÍA DOMÉSTICA.

Entre los pescados, uno de los más sabrosos es la anguila, siendo preferibles las que tienen la espalda parda y el vientre blanco.

Se parten á trozos, se lavan bien y se ponen en una cazuela con ajos, perejil picado, pimienta, azafran, clavillo y canela, agua y sal.

Mientras cuecen se hace una salsa de piñones, ó avellanas con una miga de pan mojado y ajo, se echa la salsa para que dé un par de hervores y moviendo mucho la cazuela para que no se socarre.

Este es el modo más comun de preparar la anguila; pero tambien se la adereza de las siguientes maneras:

Anguila frita. Se enrosca y se pone con mucho cuidado á freir; cuando está bien dorada se echa una salsa de harina tostada, un poco de ajo, perejil, pimienta y clavo molido, y se

28. Vestido princesa para niña. revuelve en la misma cazuela.

Anguila mechada. Se mecha con tocino delgado en toda la extension de su lomo, y atándola con un hilo ó bramante, se la hace formar un círculo para ponerla en el hornillo; se sirve con toda clase de salsas.

(Se continuará.)

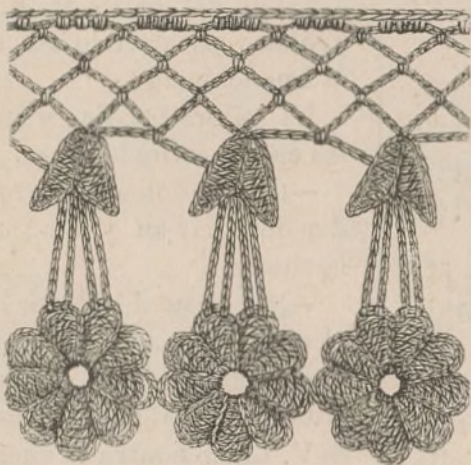
EXPLICACION del figurin 1308.

Fig. 1.^a—Traje de luto para jovencita. — Este modelo puede reproducirse en cualquier color: es de forma princesa cerrado por atrás. Por delante tiene la misma forma que el vestido de la segunda

figura. Se hace de dos telas, terciopelo y cachemir ó cachemir y seda, que es más propio para la presente estación, guarneciéndolo con encaje ruso, el cual dibuja tirantes. Bolsillo cuadrado con los ángulos vueltos en solapas. Volante tableado de la otra tela en el borde inferior. Gran cuello cuadrado de batista guarnecido con encaje ruso.



34. Cuerpo alto con aldeta plegada. (Véase el núm. 35.)



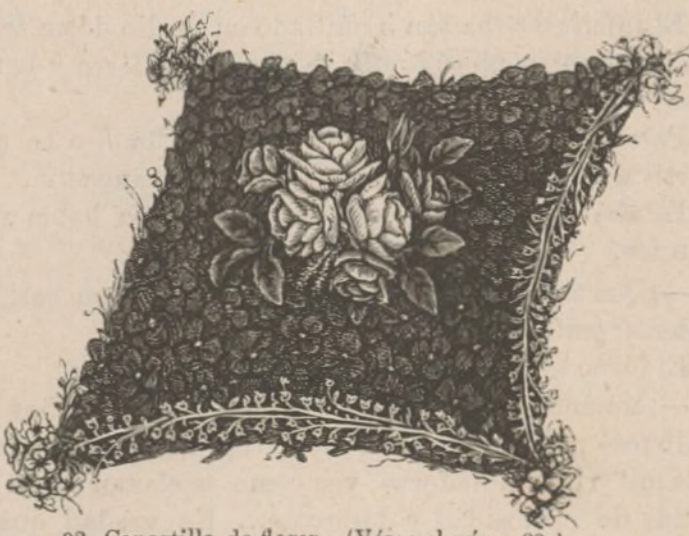
37. Puntilla de crochet.



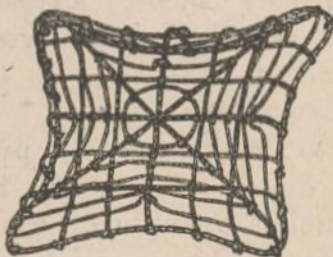
30. Almohadon bordado.



31. Iniciales bordadas



32. Canastilla de flores. (Véase el núm. 33.)



33. Armadura de la canastilla núm. 32.

Fig. 2.^a—Traje sencillo para niña de siete á nueve años. — Este vestido, cuya

parte de atrás es igual á la de la primera figura, es de cachemir de dos tonos gris azulado y azul oscuro. Su disposición permite utilizar un traje del año anterior, tanto más cuanto se puede prolongar el plaston que es de otro color lo mismo de delante que de

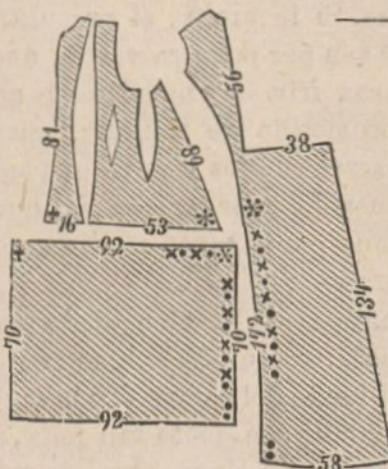
Poesías; un tomo, 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

El primer año de matrimonio; un tomo, 5 rs.

El copo de nieve; un tomo, 8 rs.

en Madrid y 9 en provincias.

Marina; un tomo, 8 rs. en Madrid y 10 en provincias.



36. Cróquis de la túnica núms. 1 y 2.

atrás. Gran cuello blanco y puños correspondientes.

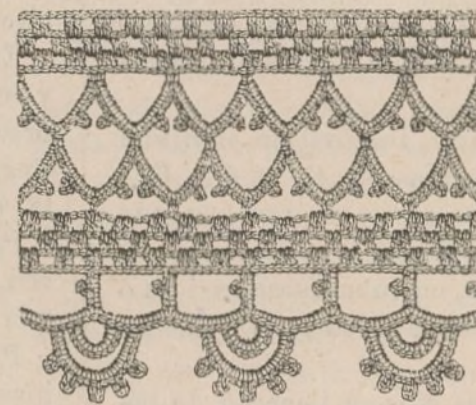
Fig. 3.^a Traje figurando túnica para señorita de doce á catorce años. — Puede hacerse tambien de dos telas. El plaston plegado, así como los paños de atrás, las mangas y la echarpe que se anuda atrás, son de tela lisa. El cuerpo y el delantero de la túnica son de tela de dibujo. Gran cuello y puños de tela lisa.

Fig. 4.^a Traje para señorita de doce á quince años. — La disposición de este traje es la misma que la del anterior. En éste se ve por delante, y es todo de un color y un tejido, realizándose con lazos de faya del color del vestido que es azul. Sombrero de fieltro gris adornado con sprit azul.

Fig. 5.^a Traje para niño de tres á seis años.

— Falda muy corta y muy estrecha cubierta de plisés que caen el uno encima del otro.

Paletot de paño gris con solapas de felpa encarnada ó foulard, de lo cual son tambien los



38. Puntilla de crochet.

obra premiada por la Academia Española. Dos tomos, 8 rs. en Madrid y 9 en provincias.

La gota de agua;

obra premiada por aclamación en el concurso Jesus Rodriguez Cao. Un tomo,

4 rs.

El que no siempre no coje; novela de costumbres, 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.



35. Cuerpo alto con aldeta plegada. (Véase el núm. 34.)

29. Vestido princesa figurando por detrás paletot.

ribetes y los plisés de las mangas que figuran una camiseta interior. Toca con cordonera encarnada, medias blancas, botitas negras altas.

Este traje puede servir tambien para niña.

OBRAS

DE

DOÑA ÁNGELA GRASSI. que se hallan de venta en esta Administracion.

Las riquezas del alma;

obra premiada por la Academia Española. Dos tomos,

Las Sras. Suscriptoras á la 1.^a, 2.^a y 4.^a Edicion recibirán el FIGURIN ILUMINADO 1308, y las de 1.^a, 3.^a y 4.^a el pliego de dibujos para bordados.

Editor propietario, Carlos Grassi.

Tip. de G. Estrada, Doctor Fourquet, 7.

Administracion: Montera, 11, Madrid.